

Los que a autoridades o legislaturas de la república dirigieren la voz, desde el alto tribunal del Parlamento, o bien, faltos de semejante acceso, en su privada condición escribieren lo por ellos augurado como ventajoso al bien público, andarán, supongo, como en tal asomo de no menguada empresa, algo más que alterados y en lo secreto de la mente inquietos: quienes dudando de cual hubiere de ser la consecuencia, quienes medrosos del giro que tomare la censura, algunos alentados por la esperanza, y otros en lo que les incumbiere decir bien retribidos. Y yo acaso por cada una de estas propensiones, según el tema por que fuera avanzando, hubiera sido antaño diversamente movido; y acaso pudiera en estas primicias de mi discurso traslucirse ahora la que más me ladeara, de no acaecer que el mismo propósito de misiva de tal linaje y el pensa-

miento de a quienes se encamina, llevarán la fortaleza en mí guardada a su mayor arrojo, harto mejor hallado que sólo a un prefacio concomitante.

En tal encendimiento, que no he de declarar por lo menudo antes que me fuere requerido, permaneceré sin mancha como rebasare la alegría y parabién que animan a cuantos desean e instan la libertad de su país, de la que todo este considerado discurso habrá de ser a modo de testimonio, si no de trofeo. Porque no nos es dado esperar una libertad en cuyo trecho no se produzca motivo de queja en la república, ni convendrá que haya humano que la repunte acaecida; mas en oír francamente las quejas, en considerarlas hondamente y remediarlas con diligencia se halla el extremo límite de la alcanzable libertad civil que buscan los avisados. De la cual cabe decir que si el propio sonido de lo que habré de pronunciar constituye prueba de que a ella arribamos (aun procedentes de tan descomedida desventaja como la tiranía y superstición hincada en nuestros principios antes de la virilidad de nuestra cobranza de Roma), ello

ha de ser en primer lugar atribuído, como lo urge nuestra obligación, a la poderosa asistencia de Dios nuestro liberador, y luego a vuestra guía leal y nunca sojuzgada prudencia, Lorens y Comunes de Inglaterra. Y no es en la estimación de Dios decrecimiento de Su gloria que las lenguas honren a varones justos y dignos magistrados: empeño que si ahora encantara yo, después de tan claro camino de vuestras encomiables hazañas, y tan larga obligación del reino entero a vuestras infatigables virtudes, con justicia fuera contado entre los más tardíos, y el más remiso, entre quienes os alaban.

Hay con todo tres exigencias principales, sin las que toda alabanza vale tan sólo por galanteo y adulación: primero que no se alabe más que lo sólidamente merecedor de encomio; segundo que se aduzcan sumas probabilidades de que tales dones asistan real y manifestamente a las personas a quienes se atribuyen; y finalmente que quien alaba, declarando su efectiva persuasión en lo que del tal escribe, pueda demostrar que no dice li-sonja. Obedecí hasta ahora a la penúltima,

rescatando este empleo de quien saliera a menoscar vuestros méritos con elogio trivial cuanto maligno; la última, relativa principalmente a mi propia absolución, esto es, privarme de adular a quienes ensalzara, había sido oportunamente reservada para que le hiciera el acatamiento de ahora.

Pues quien libremente magnifica lo noblemente puesto en obra, y no teme declarar con igual franquía lo que pudiera ser mejor logrado, a cabo lleva la mejor proeza de su fidelidad, por la cual su muy apegado afecto y su esperanza ponen cuidado en vuestros procedimientos. Su más descollada alabanza no es lisonja, y su más nudo consejo es una especie de alabanza. Porque aun si yo viniere a afirmar y a defender por alegato: que mejor lo pasaran la verdad, el saber y la república, si una de vuestras Órdenes promulgadas, que luego nombraré, quedara sin efecto, ello no dejará, por la misma ocasión, de redundar sobremedida en lucimiento de vuestro gobierno comedido y parejo, por cuanto este lance a las gentes particulares animará a pensar que más os complace el consejo de la ciudadanía, de lo

que antaño a otros estadistas regalara verse adulados. Y advertirán los hombres qué diferencia separa la magnanimidad de un Parlamento terrenal, de aquella encelada altanería de prelados y consejeros de gabinete, no ha mucho usurpadores, cuando os vieren más blandamente sufrir, entre vuestros éxitos y victorias, recusaciones escritas contra una orden votada, que lo que otras cortes, sin ningún fruto digno de memoria, salvo la flaca ostentación de riqueza, soportaran el menor ademán de disgusto ante cualquier edicto precipitado.

Mas si en tal medida me precio de conseguir vuestro civil, benigno porte, al tratar de los términos precisos de vuestra orden promulgada, y eso para contradecirlos, bastará, si alguien me acusara de novedoso o insolente, que éste sepa, que en mi opinión, habéis de estimar que por tal modo harto mejor se imita la antigua y elegante humanidad de Grecia que el orgullo bárbaro de la pompa de hunos o noruegos. Y tomándolo de aquellas centurias, de tan acabadas letras y discernimiento, a quienes debemos no ser todavía góticos o jusolan-



deses, podría citar a quien desde su privada estancia aquel discurso escribiera a la asamblea ateniense para persuadirla de que mudara la forma de democracia a la sazón establecida. Y tal honor se pagaba en aquellas edades a quienes profesaban el estudio de la sabiduría y la elocuencia, y ello no sólo en su país, sino en tierra extraña, que urbes y señorías gozosamente les escuchaban, y con notable respeto, al manifestarse ellos públicamente en vena de admonición al Estado. Así Dión Pruseo, orador particular y no de aquella naturaleza, aconsejó a los rodios contra un decreto existente; y en otros ejemplos abundara, aquí de superfluo aderezo.

Pero si de la industria de una vida enteramente dedicada a empeños estudiosos, y de las dotes naturales que por dicha no hubieren menguado cincuenta y dos grados de latitud septentrional, tanto debiera derogarse que no se me contara por igual a ningunos de los que tuvieron aquel privilegio, bien consiguiera no ser tan rebajado cuanto vosotros sois superiores a la mayor copia de quienes tales consejos recibieron; y estad seguros, Lores y Co-

munes, que de la medida en que les excedáis no puede aparecer mayor testimonio que el de vuestro ánimo prudente, reconocido y sumiso a la voz de la razón, fuere el que fuere el sitio en que sonare, por ella dispuestos a revocar una ley cualquiera de vuestra iniciativa, como de otra cualquiera debida a vuestros predecesores.

Y supuesto que de tal suerte os halláreis en este ánimo, que os supiere a injuria no gozar de su crédito, no sé qué habría de impedirme ofrendaros una ocasión de oportuno ejemplo, en que a la vez mostrárais el amor de la verdad que soberanamente profesais, y la rectitud de vuestro juicio, no usado a la parcialidad consigo mismo; y ello mediante nuevo juicio de la Orden por vosotros dispuesta para la regulación de impresos: esto es, que ningún libro, folleto o periódico será estampado en lo sucesivo a menos que fuere de antemano aprobado y permitido por aquellos, o uno de los tales, a tal fin designados. En cuanto a la parte que justamente preserva a cada cual su ejemplar, o provee para los menesterosos, nada me toca decir; sólo descara que no sirviera eso

de excusa para injuriar y perseguir a hombres honrados y laboriosos, en ninguno de ambos casos ofensores. Pero otra cláusula, la relativa a la necesaria licencia para los libros, que se nos antojaba con sus hermanas cuaresmal y matrimonial fenecida al extinguirse los prelados, será objeto de una homilía que acierte a exponeros, primero, quiénes fueron los inventores de ella, que ha de halagaros poco reconocer; luego, qué deberá pensarse en general de la lectura, sean cuales fueren los libros; y que la Orden mencionada en modo alguno procura la supresión de libros difamatorios, subversivos y escandalosos, con ser éste el objeto primordialmente considerado. Y, finalmente, que dicha Orden causará notable desaliento en la ciencia y paralización de la verdad, no sólo emperizando y mellando nuestras facultades en lo ya conocido, sino además desmochando y embarazando ulteriores descubrimientos que pudieran llevarse a cabo en sabiduría religiosa y civil.

No he de negar que sea del mayor momento en la Iglesia y la república fijar vigilante mirada en la conducta de los libros al igual

que en la de los hombres; y por tanto confinarlos, encarcelarlos y administrarles la más severa justicia como malhechores. Porque los libros no son cosas absolutamente muertas, antes contienen una potencia de vida que los hace tan activos cuanto el espíritu a cuya progenie pertenecen, y lo que es más, conservan, como en redoma, la más pura extracción y eficacia de la inteligencia viviente que los engendrara. Sé yo que son tan vivaces y vigorosamente medradores como aquellos dientes fabulosos del dragón; y desparramados acá y acullá pueden hacer brotar gentes armadas. Y con todo, por otra parte, y como no se usare de cautela, matar un buen libro es casi matar a un hombre. Quien a un hombre mata quita la vida a una criatura racional, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios, como si dijéramos por el ojo. Hartos hombres no pasan de carga para el suelo; pero un buen libro es la preciada vitalísima sangre de un espíritu magistral, adrede embalsamada y atesorada para un vivir más duradero que la vida. A decir verdad no hay cúmulo de años que una vida puedan



retornar, en lo que tal vez no se pase de pérdida leve; y giros de centurias no recuperan a menudo una perdida verdad, de antiguo rechazada, por cuya falta naciones enteras vienen a parar en el sino más desastrado.

Deberíamos pues ir con tiento en la persecución que desatáremos contra las no perecidas labores de los hombres públicos, y en el esparcimiento de esa vida sazónada del hombre, que en libros se resguarda y almacena, pues vemos que en ello puede cometerse una especie de homicidio, a las veces un martirio, y generalizado el mal contra todo lo impreso, una verdadera matanza, en que la ejecución no se limita a la muerte de una vida elemental, antes vulnera la etérea quintesencia, el aliento mismo de la razón: vulnera, esto es, más una inmortalidad que una vida. Pero atento a que no se me inculpe de introducir lo licencioso por oponerme a que se establezcan licencias, no niego ser el mal tan histórico, que esta su condición merezca servir para mostrarnos lo emprendido por antiguas repúblicas famosas contra este desorden, hasta el propio tiempo en que este proyecto licenciador

salió a rastras de la Inquisición, fué asido por nuestros prelados y aferró a algunos de nuestros presbíteros.

En Atenas, donde libros e ingenios anduvieron más atareados que en otra parte alguna de Grecia, no hallo sino dos especies de escritos que el magistrado curara de someter a su consideración: los blasfemos o ateos y los difamatorios. Así los libros de Protágoras fueron por los jueces del Areópago condenados a quemazón, y él lanzado del territorio por una perorata en que empezaba confesando no saber "si existían dioses o no". Y, en cuanto a la difamación, se convino que nadie sería por su nombre vejado, como acaeciera en la comedia antigua; por lo que cabe adivinar cómo censuraban la calumnia. Y este sistema fué bastante expedito, como Cicerón escribe, para sofocar los desesperados ingenios de otros ateos, y el trillado recurso infamatorio, como lo declararon los eventos. De otras sectas y opiniones, aunque a la lascivia propendieren y a la denegación de la providencia divina, jamás curaron.

Así pues no leemos que Epicuro, ni la escuela libertina de Cirene, ni lo que pregonara la inverecundia de los cínicos, anduviera jamás en comparecencia ante la ley. Ni quedó consignado que de los escritos de aquellos viejos autores de comedias se hiciera trizas, con resultar vedada su representación; y es comúnmente conocido que Platón recomendara la lectura de Aristófanes, entre todos el más relajado; y acaso pueda excusársele si el santo Crisóstomo, como se narra, tanto estudiaba en su vela el mismo autor, cobrado el arte de lavar tal procaz vehemencia en el estilo del sermón vivificante.

Asombra el ocio de las musas, la esquividad para el libro, de esa otra ciudad acaudilladora de Grecia, y sólo en hechos de guerra ensimismada, Lacedemón, si se considera que Licurgo, su legislador, fué tan parcial del saber elegante que él mismo trajo, primero en ello, de Jonia las obras homéricas diseminadas; y desde Creta envió, a que previniera y ablandara con la pulidez de sus odas y cantos la aspereza espartana, a Tales, el poeta. No hubo entre ellos necesidad de que se proveye-

ra en cuanto a licencia de libros, pues todos les desplazían, salvo sus lacónicos apotegmas; y de fútil oportunidad se valieron para echar a Arquíloco de su ciudad, acaso por componer en más alta vena que la alcanzada por sus propias baladas y coplas batalleras. Que si hubiere sido por sus versos indelicados, mostráranse en ello más cautos de lo acostumbrado: pues tan disolutos eran en su conversación promiscua, que afirma Eurípides en su *Andrómaca*, haber sido todas sus mujeres incontinentes. Hasta aquí lo que puede ilustrarnos sobre el género de libros vedado entre los griegos.

También los romanos, por muchos años sólo adiestrados en una rudeza militar muy parecida al estilo lacedemonio, poco más saber consiguieron que el que sus Doce Tablas, y el Colegio de pontífices con sus augures y flámenes les enseñara en religión y derecho, tan extraños a todo otro conocimiento que cuando Carneades y Critolao, con el estoico Diógenes, llegaron de embajadores a Roma, y de ello tomaron pie para hacer a la ciudad muestra de su filosofía, fueron sospechados de corruptores nada menos que por tal hombre como Catón



el Censor, quien del Senado pretendió que se les despidiera sin demora, y se echara de Italia a cuantos áticos parlers de igual calaña hubiera en ella. Pero Escipión y otros senadores de los de mayor nobleza le opusieron resistencia a él y a toda su añeja austeridad sabina, y honraron y admiraron a aquellos varones; y el mismo censor a la postre, en su ancianidad, remitióse al estudio de lo que antes le mereciera escrúpulos tales. Y, con todo, al mismo tiempo Nevio y Plauto, primeros autores de comedias latinas, contentaban la ciudad con cuanta escena adoptaron de Menandro y Filemón. Empezóse luego a considerar el mejor partido en lo tocante a libros y autores, pues Nevio sin dilación fué a la cárcel por su desenfrenada pluma, sólo libertado, en pos de su retractación, por los tribunos; y sabemos también que se procedió a la quemazón de libelos, cuyos autores fueron por Augusto corregidos. Igual severidad, sin duda, se ejercitaba contra escritos atentatorios a los por dioses venerados. Salvo en esos dos puntos, fuera el que fuera en los libros el cariz de las cosas, no tomaba el magistrado cuenta ninguna de él.

Y por tanto versificó Lucrecio sin traba su epicureísmo para Memio, y alcanzó la honra de que por segunda vez lo destacara Cicerón, tan sumo padre de la república, aunque luego contra esta misma opinión arguya en sus escritos. Ni fueron el aguijón satírico o la desnuda llaneza de Lucilio, Catulo o Flaco vedados por orden alguna. Y en cuanto a los negocios del Estado, no se vió prohibida la historia de Tito Livio, aunque el bando ensalzara de Pompeyo, por Octavio César, que era de la facción opuesta. Mas el hecho de que por éste fuera desterrado Ovidio, cuando ya proyecto, gracias a los poemas disolutos de su mocedad, no obedeció sino a disimulo político de alguna causa secreta; y los libros, por lo demás, nunca vinieron a ser relegados ni se les tuvo por apartadizos. Ya desde aquel punto, casi mera tiranía se va descubriendo en el imperio de Roma, por lo que no es maravilla que tan a menudo los malos libros cuanto los buenos fueran acallados. Con lo que estimaré haber discurrido holgadamente sobre lo que entendieron los antiguos ser escritos punibles:



con cuya sola excepción hubo libertad para escribir de cualquier argumento.

Por aquel entonces los emperadores se hicieron cristianos, y en su disciplina sobre este particular no les hallo más severos de lo que antaño se practicara. Libros de quienes anduvieran en lenguas como notables herejes, objeto fueron de examen, refutación y condena en los concilios generales; y sólo entonces llegó a prohibirlos o quemarlos la autoridad del emperador. En cuanto a los escritos de autores paganos, dejando aparte las abiertas invectivas contra la fe cristiana, como las de Porfirio y Proclo, no tropezaron con interdicto que valga mencionar hasta alrededor del año 400, en que, en un concilio cartaginés, a los mismos obispos se vedó leer libros de los paganos, aunque sí podían los de herejes, mientras que mucho antes causaran, al contrario, más escúpulo las letras herejes que las gentiles. Y que los primitivos concilios y prelados usaran ceñirse a declarar no ser tal libro recomendable, sin pasar a otro extremo, sino dejando a la conciencia de cada quien que lo leyera o

dejara, observólo ya el padre Páolo, gran descubridor del concilio Tridentino.

A partir de ese tiempo los papas de Roma, acaparando en sus manos cuanto poder político se les antojara, extendieron su dominio sobre los ojos de los hombres, como antes hicieran sobre sus juicios, quemando y prohibiendo la lectura del libro que les cayera revesado, pero con parsimonia en la censura, y sin que llegaran a grande acervo los libros censurados, hasta que Martín V, por su bula, no sólo prohibió la lectura de letras heréticas, mas la penó asimismo con excomunión, porque aumentando en aquel período la fiereza de Wickliffe y Huss, fueron éstos los primeros en inducir la corte pontificia a un plan prohibitivo más apretado. Tales huellas siguieron naturalmente León X y sus sucesores, hasta que el concilio de Trento y la Inquisición española en connubio engendraron y dieron a luz, cuando menos en su perfección, esos catálogos e índices expurgatorios que en las entrañas hurgan de muchos buenos autores antiguos, con violación peor que cualquiera que acertare a amenazar su tumba. Ni a puras

materias heréticas se contrajeron, antes cualquier tema a su paladar ofensivo condenaron mediante prohibición, o derechamente lanzaron al nuevo purgatorio del Indice.

Para henchir la medida de su intrusión, lo último que imaginaron fué ordenar que ningún folleto o papel fuera impreso (como si San Pedro les hubiera dado las llaves de la prensa, también soltadas desde el paraíso) a menos de llevar aprobación y licencia por mano de dos o tres frailes tragones. Por ejemplo:

Sírvase el Canciller Cini examinar si contiene la obra presente algo que impida su publicación.

Vicente Rabbata, Vicario de Florencia.

Ví la presente obra, sin encontrar en ella cosa contraria a la fe católica y buenas costumbres: en testimonio de lo cual he dado, etc.

Nicolás Cini, Canciller de Florencia.

Considerada la presente relación, procédase a imprimir la presente obra de Davanzati.

Vicente Rabatta, etc.

Imprímase. A 15 de julio.

Fray Simon Mompei d'Amelia, Canciller del Santo Oficio en Florencia.

Sin duda abrigan la presunción de que si no anduviere hace tiempo suelto el del pozo insondable, este cuádruplo exorcismo le mantuviera allí metido. Mucho me temo que su propósito venidero sea el de someter a licencia lo que ya así Claudio se proponía sojuzgar, pero sin llevarlo a término. Concédaseme citar otra de sus formas, el sello romano:

Imprimatur. Si así lo estimare el reverendo Maestro del Sacro Palacio.

Belcastro, Vicegerente.

Imprimatur. Fray Nicolás Rodolphi, Maestro del Sacro Palacio.

A veces más de cinco *imprimatur* aparecen como dialogando en el foro de una página titular, saludándose y cumplimentándose uno a otro con decalvadas reverencias, y departiendo sobre si el autor, que está, perplejo, de mirón al pie de la epístola, irá a la imprenta o a las barreduras. Estos son los lindos responsorios, estas las amables antífonas, que tanto



embelesaron recientemente con sus piadosos ecos a nuestros prelados y sus capellanes; y nos llevaron, chochos, a imitar alegremente el señorial *imprimatur*, ya desde Lambeth House, ya desde el occidental extremo Paulino; con tan remendada copia de lo romano, que la palabra imperativa se escribía aún en latín; como si la culta gramática pluma que la trazara no hubiera de soltar la tinta si en latín no fuera, o tal vez porque se pensara que ninguna lengua vulgar había de ser digna de traducir la pura infatuación de un *imprimatur*: pero más probablemente, tal es mi esperanza, porque nuestro inglés, lenguaje de varones, siempre famoso y principal en los empeños de la libertad, no había de hallar letras bastante serviles para componer expresión castiza de presunción dictatorial.

Y así veis a los inventores y causantes de las licencias de libros revelados, y ello en sucesión lineal a modo de árbol genealógico. No recibimos éstas, que se sepa, de ningún antiguo estado, de ninguna pretérita política o iglesia; de ningún estatuto a nosotros legado tarde o temprano por nuestros antecesores; ni

de la moderna costumbre de ninguna iglesia o ciudad reformada del extranjero, sino del concilio más anticristiano y la Inquisición más tiránica que hubiere inquirido en las edades. Hasta ellos, los libros habían sido admitidos en el mundo tan liberalmente como cualquier otro nacimiento; la prole del cerebro no era más sofocada que la de la matriz; ninguna envidiosa Juno cruzaba las piernas sobre el advenimiento de la progenie intelectual de ningún hombre; mas si tal vez salía a luz un monstruo, ¿quién niega que fuera justamente quemado, o arrojado al mar? Pero que un libro, en peor condición que un alma pecadora, debiera presentarse a un jurado antes de nacer al mundo, y sufrir, todavía en tinieblas, el juicio de Radamanto y sus colegas, antes de retroceder por el Leteo hasta la luz, jamás fué oído lance, hasta que la misteriosa iniquidad, provocada y excitada al primer acceso de la Reforma, buscara nuevos limbos y nuevos infiernos para incluir a nuestros libros en el número de sus condenados. Y este fué el guiso exquisito tan oficiosamente tomado con ambas manos, tan repelentemente contrahecho por

nuestros obispos inquisidorados y la minoría sierva de sus capellanes. Mas cuantos conocieron la integridad de vuestras acciones, y el culto que rendís a la verdad, certificarán prontamente no ser de vuestro agrado esos certísimos autores de esta Orden sobre las licencias, y que toda intención siniestra se hallaba muy remota de vuestros pensamientos cuando acosa- dos fuisteis para su aprobación.

Pero dirán algunos: Aunque sus inventores fueron malos, ¿no podrá ser buena la cosa en sí? Tal vez: pero supuesto que la invención no fuere traza muy honda, sino patente y con facilidad asequible a cualquiera, y a pesar de ello las mejores y más sabias repúblicas a través de toda edad y ocasión se hubieren abstenido de usarla, para que aparecieran primeros en su empleo los mas pérfidos seductores y opresores de las gentes, dados al solo propósito de embarrazar y obstruir el primer acceso de la Reforma, seré yo de los que crean que se necesitara más ardua alquimia de la que jamás conociera Lulio para sublimar algún buen uso de tal invención. Pero, con todo esto, lo único que solicito obtener de dicho razonamiento, es que tal

fruto pueda ser tenido por sospechable y peligroso, como sin duda merece, dado el árbol de que se cobró, hasta que vengan a disección, una en pos de otra, sus propiedades. Sin embargo, antes de proceder a ello, deberé poner de manifiesto, según propuse, lo que haya de pensarse en general sobre la lectura de libros, sean de la suerte que fueren, sopesando si hubiere de ser mayor el beneficio o el daño que de ello procediere.

Dejando aparte los ejemplos de Moisés, Daniel y Pablo, peritos en todo el saber de los Egipcios, Caldeos y Griegos, lo que probablemente no consiguieron sin leer sus libros de todas clases —y el de Pablo especialmente, quien no tuvo a mancilla insertar en la Santa Escritura las máximas de tres poetas griegos, trágico uno de ellos—, fué tal cuestión, no obstante, debatida a las veces entre los doctores de los primeros tiempos, pero con gran ventaja en el lado que a la vez la tenía por lícita y provechosa: como se distinguió clarísimamente cuando Julián el Apóstata, enemigo el más sutil de nuestra fe, causó un decreto vedando a los cristianos el estudio de las letras gentiles,



pues se dijo: —Nos herirán con nuestras propias armas, y cobrarán con nuestras propias artes y ciencias nuestra derrota—. Y ciertamente los cristianos quedaron tan reducidos a sus propios expedientes por ese medio astuto, y tan a riesgo de incurrir en cabal ignorancia, que los dos Apolinarios se resignaron, por decirlo así, a sacar acuñadas las siete ciencias liberales del texto bíblico, reduciéndolo a diversas formas de oraciones, poemas, diálogos, y llegando al tanteo de una nueva gramática cristiana. Pero según dice el historiador Sócrates, proveyó mejor la divina providencia que la industria de Apolinario y su hijo, aboliendo aquella iletrada ley con la vida de quien la ideara. Por tan sumo agravio teníaase entonces la privación del saber helénico; y estimábanla persecución de mejor socava, y más comiscadora secreta de la Iglesia, que la abierta crueldad de Decio o Diocleciano.

Y acaso por el mismo político rumbo azotó el diablo a San Jerónimo en un sueño cuaresmal por leer a Cicerón; o a lo mejor se trataría de un fantasma nacido de la calentura que de él se había adueñado. Porque si hubiera sido

un angel su flagelador, como no penara el exagerado sesgo ciceroniano, y hubiera castigado la lectura, y no la vanidad, pareciera notablemente parcial. Primero, al corregirle por el grave Cicerón y no por el resbaladizo Plauto, a quien confesó haber estado leyendo, no hacía gran tiempo; y luego por corregirle a él solo y dejar a tantos otros Padres más antiguos envejecer en aquellos estudios amenos y floridos sin el látigo de esta visión tutora, hasta el punto que Basilio nos enseña alguna utilidad que podrá sacarse de *Margites*, alborozado poema hoy perdido, debido a Homero; y ¿por qué no, llegado el caso, de *Morgante*, novela italiana de parecido objeto?

Pero si concertamos que nos sentencien las visiones, de una sé, consignada por Eusebio, harto más antigua que esta relación de Jerónimo a la monja Eustoquia, y, además, sin mención de calentura. Dionisio Alejandrino fué en las inmediaciones del año 240 persona de alta nombradía en la Iglesia por su piedad y saber, hecho a valerse notablemente contra los herejes de lo entresacado de sus libros; hasta que cierto presbítero, vencido por los es-